

# LA PAUPERIZACIÓN ACTUAL DE LOS BARRIOS TRADICIONALES DE LA CIUDAD DE SAN LUIS POTOSÍ, MÉXICO: CAMBIOS TERRITORIALES Y DESIGUALDAD PERSISTENTE

*Miguel Adolfo Ortiz Brizuela*

UASLP

## RESUMEN

A través de un trabajo etnográfico de 18 meses, este artículo muestra algunos aspectos de la pauperización en la que han caído los llamados “barrios tradicionales” de la ciudad de San Luis Potosí, en México. La investigación analiza cambios y permanencias en la configuración de estos lugares, mediante la observación de sus fronteras discursivas, prácticas, geográficas y físicas, en función de aclarar cómo la reciente pauperización de los barrios se relaciona con el ejercicio del poder y la reproducción histórica de desigualdades sociales.

**Palabras clave:** pauperización - territorio - desigualdad – barrios - San Luis Potosí

## ABSTRACT

This paper depicts results of an 18-month ethnographic research, in traditional urban neighborhoods, usually called “Barrios”, in the city of San Luis Potosí, México. Nowadays, these places deal with several social and space problems, defined here as pauperization. Research focuses on analyzing its territorial configurations –through identifying temporal traces and changes in its physical, geographical, discursive, and social-action frontiers–, in order to clear out how social space crisis in these neighborhoods get involved with power and inequality relations.

**Keywords:** pauperization - territory - inequality - barrios - San Luis Potosí

## INTRODUCCIÓN

Este artículo es un esfuerzo por profundizar en el entendimiento de algunos de los procesos de reconfiguración y cambio territorial que se han venido dando recientemente en los llamados “siete barrios tradicionales” de la ciudad de San Luis Potosí, una ciudad de poco más de un millón de habitantes en el centro de México. Para ello, se ha partido de abordar conceptualmente a estos territorios como basamentos históricos (económicos, políticos y culturales) en sedimentación constante. Dicho abordaje –es decir, el entender los territorios como procesos multiescalares (Haesbaert, 2013: 66)–, tiene el objetivo de abonar a la explicación del notorio avance de los barrios hacia su pauperización. Fenómeno visible, como se tratará de describir a lo largo de estas páginas, en el abandono y la destrucción de muchas de sus viviendas, la desaparición de varias fuentes de sustento para sus habitantes, la puesta en tensión de sus redes vecinales de apoyo mutuo y la tendencia al envejecimiento de su componente demográfico primario.

Teniendo en mente este objetivo, se ha partido de hacer un esfuerzo por tensionar algunos “datos por sentido” que sirven comúnmente en la esfera de la cotidianidad local, ya sea como explicaciones “del sentido común” al respecto de la condición actual de los barrios o simplemente como lógicas naturalizadas, que, como trataremos de argumentar, tienden a mantener un *status quo* ideológico poco favorable o contraproducente para los barrios. Se han podido reconocer cuatro de estas nociones, tanto en discursos oficiales como en varias de las narraciones recopiladas para la realización de esta etnografía. Se describen brevemente, a continuación:

Uno, la opinión recopilada de manera reiterativa en campo, que sugiere una pauperización de los barrios únicamente reciente, que nada tiene que ver con su pasado: un pasado, según muchos testimonios, de una vida barrial “armónica”, una visión nostálgica que esconde procesos de desigualdad interna de larga duración, con consecuencias en el estado actual de los barrios.

Dos, se hace notar que las políticas de conservación del patrimonio que inciden en el devenir de los barrios tradicionales de la ciudad les otorgan, paradójicamente, un papel arquitectónico secundario y de poca importancia, reduciendo así las posibilidades de obtener recursos gubernamentales para su mantenimiento. Esta situación parte de una inserción de la idea de los “siete barrios tradicionales” en las políticas de conservación vigentes, solo en función de cuidar de manera prioritaria al Centro Histórico de la ciudad (los barrios aparecen como un “cinturón de contención”). Además, estas políticas parten

de considerar los barrios como patrimonio estático, en franca contradicción con su función principal, es decir, la de ser vecindarios y, por esto, adaptables a las necesidades urbanas de sus habitantes.

Tres, se recuperó en varios testimonios la idea de que la modernidad ha minado el modo de vida tradicional de los barrios, noción que no muestra que la modernidad fue, en su momento, una promesa a la salida de conflictos históricos internos. Promesa que hoy aparece como rota, en un entorno de fragmentación urbana y social.

Y, cuatro, se tensiona el supuesto de la existencia de comunidades homogéneas social e institucionalmente en los barrios. Por el contrario, en este trabajo se defiende que estos lugares mantienen una heterogeneidad y porosidad barrial siempre presente, aunque ahora en tensión por su homogeneización en términos socioeconómicos.

Los datos aquí vertidos sugieren que la pauperización de los barrios puede vincularse a procesos transterritoriales e históricos de desigualdad no resueltos que pueden seguirse obviando si la estrategia para rehabilitarlos se centra en la defensa de identidades barriales oficialistas que no contemplen el nuevo componente social, cada vez más complejo y desigual. A dicho relato etnográfico lo precede una clarificación del trabajo teórico y metodológico que lo fundamenta. Al final del texto, se establecen algunas conclusiones.

#### **CAMBIOS TERRITORIALES Y DESIGUALDAD PERSISTENTE: CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS**

Se ha estimado necesario dar una lectura al fenómeno de la pauperización de los llamados barrios tradicionales de la ciudad de San Luis Potosí, tratando de observar vínculos entre esta situación y algunos de los cambios y permanencias en su acontecer. Los barrios, como territorios, son fuentes de información geográfica, arquitectónica, antropológico-cultural y socioeconómica. No obstante, ni sus geografías ni sus materialidades ni las prácticas comúnmente realizadas dentro de estos ni los sentidos que se les atribuyen son estáticos. Por el contrario, los barrios, como forma de reproducción social, se encuentran siempre en constante devenir. Además, en estos tiempos, cuando se ha dificultado sobremanera identificar correspondencias lógicas y prístinas entre los conceptos “territorio”, “cultura” e “identidad”, la búsqueda de nuevas formas de entender lo que antes conocíamos como barrio resulta urgente. Para este

artículo, se ha partido de utilizar la noción de *configuraciones culturales* propuesta por Alejandro Grimson (2015: 172,197) para definir y caracterizar a los barrios<sup>1</sup> en cuestión.

La idea de configuración cultural ayuda a pensar la porosidad y transformación constante de lugares “bien delimitados”, pues el concepto se centra en la actualización, acomodo, disolución, empalme o choque constante de fronteras. El concepto otorga la posibilidad de evidenciar a los barrios como configuraciones complejas, difíciles de definir, resultado y condicionante de dramas sociales (Turner, 1980).

Para este artículo, hemos tratado el concepto de frontera como complementario al de configuración cultural. Para lo cual, las hemos abordado no como “hechos”, sino como “herramientas”. Las fronteras cuentan con diversos componentes constitutivos que varían en su eficacia para el control de espacio y en su incidencia en la resolución de dramas sociales. Estos componentes son: el espacio físico (arquitectónico y urbano), sus representaciones (mapas), lo no tangible (ideas y sentidos) y, finalmente, los actos y narraciones discursivas (Foucault, 1999). Como herramientas, las fronteras son utilizadas por los actores involucrados en los dramas sociales de un territorio, en calidad de “técnicas” (Santos, 2000), para construir límites, tanto internos como externos. Algunos de estos límites son más radicales, más duraderos o más físicos que otros, incluso algunos son meramente simbólicos.<sup>2</sup>

La noción de configuraciones culturales también ayuda a visualizar lo social en términos de conflicto. En consecuencia, permite, como sugiere Alejandro Grimson (2015: 132), observar vínculos entre la reproducción de la desigualdad y el ejercicio del poder. Además, si no se pierde de vista que no es fácil definir las por estar en actualización constante, se ponen entre paréntesis las nociones de lo “interno” y lo “externo” de un territorio. Aun más, diluye las connotaciones positivas con las que tienden a calificarse los elementos culturales que se atribuyen a “lo interno” y también las negativas para lo

<sup>1</sup> Los barrios tradicionales de la ciudad de San Luis Potosí tienen su origen en los otrora “pueblos de indios” del Virreinato (originados a finales del Siglo XVI), territorios donde habitaron, mayormente, indígenas pacificados, lugares situados alrededor del pueblo español para proteger la actividad minera y militar de la zona. Con el tiempo, estos fueron absorbidos por la ciudad, convirtiéndose en “barrios” con poblaciones heterogéneas. Hasta finales del siglo XX, la vida de los barrios se articulaba en torno a un templo católico y una plaza pública. Además de vecindarios, han sido espacios de producción de alimentos y enseres cotidianos en pequeña escala, así como de oficios necesarios para toda la ciudad. Los siete barrios tradicionales son Tlaxcalilla, Santiago, Montecillo, Tequisquiapam, San Miguelito, San Juan de Guadalupe y San Sebastián.

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, la noción de “performance cultural” aplicada a dramas sociales políticos en Rap (2011). El autor muestra cómo el simple acto de un gobernante de servir comida a sus subordinados implica toda una técnica discursiva del mantenimiento del poder.

pensado como “externo”. Es decir, el ejercicio del poder y el mantenimiento de la desigualdad operarían territorializándose y desterritorializándose o, lo que es lo mismo, construirían constantemente un territorio.

Resulta necesario resaltar que los barrios de San Luis Potosí, al estar condicionados por dinámicas sociales que rebasan sus límites evidentes, dependen en buena medida de procesos sociales de alcance urbano. Aquí nos interesa abordar, por sus implicaciones en el concepto actual de desigualdad, brevemente uno, la creciente segregación socioespacial que ha derivado de la aplicación de un modelo urbanístico expansionista incidente en la reconfiguración reciente de la ciudad.

Los orígenes de este modelo urbanístico pueden ser rastreados en ciudades como Los Ángeles, en Estados Unidos. Al respecto, el clásico *City of Quartz* de Mike Davis (1992) hace evidente que el espacio físico expansionista juega un papel primario en la reproducción de desigualdades sociales. Para Davis, la polarización socioespacial a través de la construcción de espacios suburbanos de lujo, amurallados y fuertemente blindados, y su contraparte, la producción excluyente de guetos habitacionales para las clases bajas, habrían encarecido, en dicha ciudad, la homogeneización social, el miedo a la alteridad, los resentimientos y, así, reforzado la falta de oportunidades para los pobres urbanos.

Progresivamente, este tipo de urbanismo fue adaptado a buena parte de Latinoamérica. Según diversos estudios, la desigualdad ha ido incrementándose notoriamente por condicionantes como la aparición de nuevas centralidades y nuevo equipamiento periurbano, provocando menores posibilidades de movilidad urbana y precariedad en el empleo, exclusión particularmente agresiva con las clases sociales bajas en ciudades como Santiago (Jirón, Lange, y Bertrand, 2010), San Pablo (Caldeira, 2007) o Buenos Aires (Svampa, 2007; Carman, 2015). El modelo expansionista –derivado de políticas neoliberales centradas casi exclusivamente en la construcción de mercados inmobiliarios pujantes (Hidalgo y Janoschka, 2014)– contribuyó a generar “ciudades de islas”, de precariedad, de lujo, de producción y de consumo, espacios que irían constituyendo un “sistema de distinción y discriminación”, una “estética de la seguridad” que derivaría en la estigmatización de lo público como un espacio de riesgo (Caldeira, 2010:116-118).

El caso de México no es la excepción. En las últimas décadas, todo el país experimentó una explosión inmobiliaria de fraccionamientos cerrados como opción habitacional para todas las clases sociales con poder adquisitivo, inclusive para las clases bajas

(Pfannenstein, Herrera, y Sevilla, 2017; Dahau y Giglia, 2008; Cabrales, 2005). De manera muy reciente, la homogeneidad socioespacial ha sido materializada en verdaderas ciudades de muros. Ante este panorama general, cabe preguntarse cómo afecta este tipo de dinámica urbana reciente a los Centros Históricos.<sup>3</sup>

Además de ser espacios abiertos a la diferencia, los centros son conceptualizados como patrimonio histórico y cultural en vulnerabilidad, de ahí que se haya ideado todo un aparato de política pública para su conservación en ciudades como Guadalajara, Ciudad de México, Guanajuato, Morelia o la misma ciudad de San Luis Potosí (Melé, 2005). Como consecuencia directa de estas políticas, los centros han venido despoblándose, al tiempo que toman el papel de lugares para el comercio y el turismo.

En función de lo anterior, y a manera de hipótesis, se propone que los centros (y, por esto, los barrios) constituyen espacios públicos y heterogéneos, en contradicción al modelo urbanístico imperante, centrado en la producción de homogenización y segregación, lo cual provoca un choque ideológico que deriva en su reciente percepción como fuentes de anomia y caos urbano. A esto se suma una estigmatización socioespacial<sup>4</sup> (Segura, 2009) de larga duración que tiende a obviarse como un factor relevante en su condición actual. De manera que se sugiere leer la pauperización de los barrios como resultado de esta doble tensión.

La mirada teórica que aquí se propone nos puede ayudar a desmarcarnos de dos tipificaciones que envuelven actualmente al concepto de territorio: la “dura” o aquella que los define como parte de un archipiélago cultural, con una identidad, tradiciones y costumbres bien definidas, en resistencia ante los embates externos (Salcedo y Zeiderman, 2008), y la “blanda” (comúnmente trasplantada acriticamente a trabajos de investigación de antropología urbana de corte posmoderno), que niega la existencia de fronteras y supone, en consecuencia, una realidad poco conflictiva. Se trata entonces de asumir una posición que, al tiempo que no caiga en lecturas “duras” de la territorialidad, supere al constructivismo radical y la idea de la desterritorialización (Haesbaert, 2013),

---

<sup>3</sup> Los denominados Centros Históricos de México son delimitaciones urbanas con declaración patrimonial por decreto presidencial que fueron ideadas para el rescate y conservación de fincas con valor histórico. Para el caso del Centro Histórico de San Luis Potosí, la declaración de patrimonio toma en cuenta algunas partes de cinco de sus siete barrios tradicionales, Tequisquiapan, San Miguelito, San Sebastián, Montecillo y San Juan de Guadalupe.

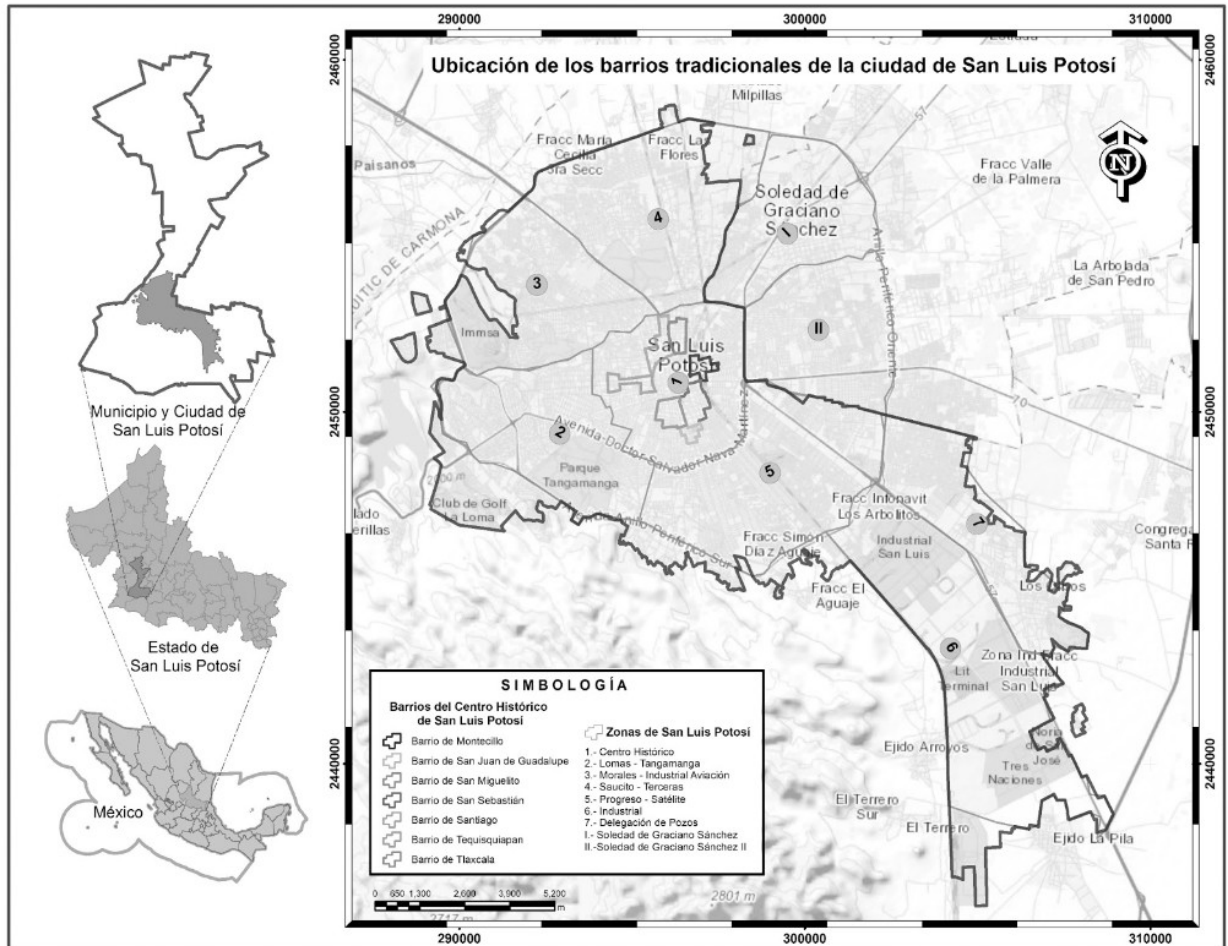
<sup>4</sup> Históricamente, los barrios tradicionales de la ciudad han sido vistos desde afuera como espacios peligrosos, de “mala nota”, “arrabaleros” o habitados por criminales. En algunos de los barrios, este estigma ha venido revirtiéndose; en otros, reforzándose.

donde el territorio aparece como un mito y donde se niega la posibilidad de que las narraciones de los interlocutores, partícipes activos de dramas sociales, contengan, al menos, una parte de verdad, condición *sine qua non* de la construcción de ideologías, procesos de significación simple sobre problemas complejos (Gravano, 2016: 123).

Igualmente, este enfoque tiene una intención política: no caer en visiones que alienten la xenofobia ni la ya de por sí existente estigmatización socioespacial que padecen los barrios o en aquellas que celebran acríticamente una hibridación cultural poco realista; racionalidades que, en el mejor de los casos, pueden derivar en intervenciones simplistas en los barrios que ayuden poco a superar una problemática por demás compleja. Se aclara que, de ninguna manera este artículo tiene la intención de agotar las posibilidades de significar el problema de la pauperización de los barrios tradicionales de la ciudad, más bien se limita a tratar de integrar, a los debates sobre su condición reciente, nociones antropológicas de lo urbano que nutran la posibilidad de mejoras realmente profundas.

Metodológicamente, este artículo partió de la realización de entrevistas semiestructuradas a 35 vecinos con más de veinte años de haber vivido dentro de los límites municipales de los siete barrios tradicionales (ver Gráfico 1), dando como resultado 5 entrevistas por barrio. Con la herramienta, se buscó documentar cambios en los barrios, percibidos por sus mismos habitantes, en términos de: despoblamiento y repoblamiento, destrucción de fincas, vida familiar y vecinal, trabajo o empleo y seguridad. Las respuestas detonaron narraciones de entre una y cuatro horas de duración, arrojando datos de corte cualitativo, donde ha sido posible identificar procesos de identificación-alteridad relacionados con migraciones inter-, trans-, intra- y rural-urbanas, así como con dinámicas de despoblamiento-repoblamiento.

**Gráfico 1. Ubicación de los barrios tradicionales en relación con la mancha urbana de la ciudad de San Luis Potosí**



Fuente: elaboración propia con base en información del H. Ayuntamiento de San Luis Potosí. Dibujo: Blanca Margarita Vázquez Villa.

En un segundo nivel metodológico-operacional, se recopiló información mediante una labor de trabajo de campo de un año y medio de duración (2016-2018), a partir de la visita a nodos de interacción barrial, también dentro de los límites municipales de los siete barrios tradicionales, o mediante la asistencia a lugares y eventos de importancia para los barrios, como son: juntas vecinales, fiestas religiosas y civiles, templos, altares religiosos, negocios locales y plazas públicas. Con los resultados, se construyó una base de datos<sup>5</sup> de corte sincrónico, de forma tal que los procesos que van más allá de lo actual son

<sup>5</sup> El presente artículo deriva del proyecto de investigación de El Colegio de San Luis A. C. "Cultura y sociedad en los barrios de San Luis Potosí, una antropología de la percepción y de los espacios urbanos" a cargo de Arturo Gutiérrez del Ángel.

Para más información, consultar: <https://www.colsan.edu.mx/p/fide/barrios.php>.



abordados solo de manera secundaria y complementaria en este trabajo. Finalmente, se ha tratado de triangular esta información con la revisión de fuentes primarias y secundarias de tipo gráfico, como mapas, noticias, libros y artículos, científicos o no, pero afines al tópico de los barrios, así como normativa y legislación incidente en estos territorios.

## **SOBRE LA BARRIALIDAD: TESTIMONIOS EN TORNO A LA TRANSFORMACIÓN RECIENTE DE LA CIUDAD**

Según una vecina “de toda la vida” a la que se tuvo oportunidad de entrevistar con motivo de la realización anual de la celebración para la Virgen de los Dolores,<sup>6</sup> partícipe ferviente del evento desde hace cincuenta y cinco años (motivo principal por el cual sigue habitando en la casa de su madre), pocas familias “de siempre” quedan en su calle, en el barrio de Tlaxcala, uno de los siete lugares de la capital que ostentan el título de “barrio tradicional” por su antigüedad centenaria.<sup>7</sup>

Cuenta también que no solo no quedan muchos vecinos “de siempre”, tampoco quedan vecinos “a secas”. La calle se ha despoblado en un periodo de tiempo dramático. Más de la mitad de las viviendas que la conforman, entre antiguas vecindades y viviendas unifamiliares, han quedado deshabitadas, algunas se miran al borde del colapso. En muy pocos casos son frecuentadas periódicamente por exvecinos para darles mantenimiento (Entrevista. Comunicación personal, 15 de junio de 2017). En consecuencia, se percibe un paisaje de olvido. La interlocutora cuenta que hay varios motivos de la desolación de su calle, que lleva en estas condiciones no más de 10 años:

antes no había tanta pandilla ni nada de eso, ahora ya hasta miedo da salir en la noche... inclusive ya se murieron todas las señoras, ya se murió Martita, se murió su esposo, Juanita también ya se murió, la otra señora del jardincito también ya se murió, doña María se murió, la señora del zapatero también se murió, mi esposo también ya se fue, así que ya queda muy poca gente... todos los hijos se han casado y se van... ya son otras mentalidades... ya todo... aquí los únicos que son muy católicos son los de aquí a un lado, que ella sí va a la iglesia... es mucha inseguridad que hay por aquí... y más con las vecindades... el mercado quedó

---

<sup>6</sup>Fiesta religiosa en honor de la madre de Jesucristo, para acompañarla en su dolor, llevada a cabo un viernes antes del Viernes Santo, donde los vecinos de distintos barrios –no solo de los barrios tradicionales– montan altares fuera de sus casas para la virgen y ofrecen “reliquias” (postres, golosinas y aguas de sabor) a los visitantes.

<sup>7</sup>Uno de los primeros barrios tradicionales de la ciudad. Tlaxcala o Tlaxcalilla fue fundado en 1603 (Quezada, 2015), incluso antes de que existiera propiamente la ciudad española, hoy Centro Histórico de San Luis Potosí (Monroy y Clavillo, 2015).

vacío porque los asaltaban... de hace como 10 años para acá ya había mucha gente mala... (Entrevista. Comunicación personal, 4 de abril de 2017)

La condición barrial actual que presenta el testimonio anterior, donde “los buenos vecinos” murieron, la nueva generación nacida en el lugar ya tiene “otra mentalidad” y por eso se fue, y “otros” llegaron, contrasta radicalmente con la vida que, según la misma entrevista, se llevaba ahí hace no mucho tiempo:

antes había muchas serenatas porque había muchas muchachas y también del día de las madres, y ahora nada... yo corría con mi vecina para la Navidad y para la levantada<sup>8</sup> y éramos muy mitoteras, pero desde que se cambió de casa ya muy poco... mi vecina crio a mis dos nietos... y los quería mucho, como si fueran sus nietos... yo me metía (a su casa) hasta la cocina, yo más antes hacía un chorro de fiestas, teníamos muchas amistades, ya no hay vecinos... (Entrevista. Comunicación personal, 4 de abril de 2017).

En otras entrevistas se muestra una imagen del barrio un tanto distinta, que incluye a la heterogeneidad vecinal desde tiempo atrás. El mote de “barrio bravo” (peligroso) que se cita de manera recurrente para referirse al barrio de Tlaxcala se utiliza con tintes discursivos de esencialidad y originalidad. Pero, incluso dentro de esta lógica, donde es posible identificar, empero, una heterogeneidad vecinal más longeva, ha sido posible recuperar testimonios de un pasado aparentemente solidario. Cuenta otra vecina del mismo barrio:

Sí, tuvimos vecinos “fuertes” [ladrones], tal vez te respetaban como vecinos ¿no? Porque tuvimos grandes carteristas [sic] que luego cuando tenía que tomar el camión, de eso hace unos treinta años, y tú los veías que robaban en el camión, y mis amigas me decían, tú eras de esas privilegiadas porque a ti no te robaban... (Entrevista. Comunicación personal. 14 de enero de 2018).

Racionalidades similares aparecieron ante la pregunta ¿cómo ha cambiado su barrio?, elaborada a 35 vecinos de los barrios tradicionales. Exaltaciones –aunque mostrando distintos grados de heterogeneidad interna– de un pasado distinto, de una barrialidad más unida, donde “no se dejaban las puertas cerradas”, donde “podías pedir favores a los vecinos”, donde las celebraciones religiosas “sí eran de fe”, donde “te daban trabajo porque el vecino te metía a la fábrica”, donde “saludabas a las pandillas y no te hacían nada” o donde “conseguías a tu novia en una fiesta de la calle”. Es decir, resulta bastante notorio el uso discursivo de la idea de un pasado barrial armónico, del que todavía quedarían atisbos, y un presente más bien caótico. ¿Cómo explicar esta opinión

<sup>8</sup>Fiesta donde se acostumbra “levantar” a una figurilla del Niño Dios de su pesebre, mientras se comparten tamales, el día de la Candelaria o los días dos de febrero.

generalizada? ¿Qué nos dicen estas racionalidades recurrentes de cómo se percibe el tránsito a la condición actual de los barrios?

Sin lugar a dudas, las palabras de los vecinos entrevistados se vinculan a un fenómeno más amplio. Tan solo de los años sesenta del siglo XX a la fecha, la población de la capital pasó de aproximadamente cien mil habitantes al millón. Igualmente, la ciudad ha crecido de manera expansiva, más o menos en proporción de uno a diez.<sup>9</sup> De manera que la migración intra-, transurbana y rural-urbana –esa alteridad interna, “que no es de aquí” y que se percibe en el primer testimonio aquí citado– no es solo una construcción social en el sentido radical del término. No se trata, entonces, defendemos, de un conjunto de narrativas que construyen totalmente su propia realidad. Por el contrario, se trata de una significación particular del fenómeno expansionista de urbanización que le ha dado otra cara a la ciudad. Igualmente, aunque vivos,<sup>10</sup> los famosos siete barrios pasan, en el mejor de los casos, por un proceso de transformación urbana radical, donde las antiguas fincas se tiran para construir negocios en mayor medida y condominios verticales y fraccionamientos cerrados, en menor proporción (como en el barrio de Tequisquiapam al poniente y en el centro de la ciudad, y en algunas partes de San Miguelito y San Sebastián) y, en el peor, por un proceso de notorio abandono con apenas algunas privadas recientemente construidas o nuevos negocios, entiéndase buena parte de Montecillo, Santiago, Tlaxcala y San Juan de Guadalupe (los cuatro “barrios tradicionales” restantes).

Es decir, para responder a las preguntas planteadas, se aboga aquí por identificar en estos testimonios algo de verdad. Una parte que, definitivamente, no es toda la verdad. Lecturas simplificadoras de la complejidad de procesos urbanos recientes, que no solo muestran, se reitera, una parte de verdad, sino que también son, simultáneamente, una construcción social. En resumen, se trata de narraciones que exaltan discursivamente construcciones ideológicas en torno al devenir de la ciudad. En este sentido, algo muestran, pero de manera por demás difícil de controlar, algo ocluyen (Gravano, 2016: 56).

---

<sup>9</sup>En el Gráfico 1, es posible observar el dramático crecimiento de la ciudad. Antes de 1960, la mancha urbana estaba circunscrita dentro de los límites del perímetro denominado Zona 1: Centro Histórico.

<sup>10</sup>Cabe remarcar que en los barrios tradicionales siguen existiendo redes sociales fuertes entre vecinos de varias generaciones. Se mantienen incluso a pesar de que algunos de ellos ya no viven ahí.

En un esfuerzo por explicar los porqués del drama de la pauperización de los barrios, cuando sus habitantes son entrevistados, eligen arbitrariamente componentes de la realidad para construir sus testimonios, conscientemente o no. En otros términos, los “no católicos”, los “desconocidos” o los que se fueron y “ya no les interesa el barrio” aparecen ahistóricamente como causantes de la pauperización de estos vecindarios. A pesar de la afirmación encontrada en algunos testimonios (muy pocos), de que en otras ocasiones el barrio “se puso feo (conflictivo)”, la noción de que antes “estaba mejor” pesa mucho más, como se percibe en la distinción entre el “vecino fuerte” (ladrón) y conocido, y el ladrón desconocido.

Claro está que estas narraciones son coyunturales y responden a momentos específicos, de ahí que, cuando la cotidianidad no es trastocada por algún evento desafortunado, puedan tratar de atemperarse justo después de mencionarse: “el barrio estaba mejor antes, pero ahora está tranquilo también” comentó otra interlocutora en Tlaxcala (Entrevista. Comunicación personal, 5 de agosto de 2017). Sin embargo, en momentos críticos, pueden reforzarse. Por ejemplo, ante un intento de robo que se tuvo la oportunidad de presenciar en el barrio de San Sebastián, un habitante del lugar comentó: “hay mucha vecindad nueva... uno ya no sabe si los que andan robando viven aquí” (Diario de campo. 6 de mayo de 2017). Independientemente de su fuerza retórica específica, es de interés resaltar que estos discursos nostálgicos esconden un dato de fundamental importancia para el entendimiento del problema de la pauperización de los barrios: la existencia de desigualdades duraderas que atraviesan las que concebimos a *priori* como “las fronteras” históricas y espaciales del barrio.

En otros testimonios, pocos, pero existentes, la desigualdad enraizada desde antes, dentro del barrio, ha hecho su aparición: “yo por morenita me decía mi tía que era bastarda”, comenta una habitante de 65 años, del barrio de San Sebastián (Entrevista. Comunicación personal, 9 de marzo de 2018). En un acto casi teatral, otra interlocutora, habitante del barrio de Santiago, al ser entrevistada, sacó un libro con información del movimiento navista<sup>11</sup> y comentó “¿ves? ya estaba difícil la cosa, había muchos pobres, nos levantamos, pero no pasó nada” (Entrevista. Comunicación personal. 25 de febrero de 2018). En otro testimonio más, también del barrio de Santiago, una señora de más de ochenta años calificó como “difícil” su vida en el barrio por ser mujer: “me casé para

---

<sup>11</sup> Pugna política, un intento de revolución democrática, acaecida en la ciudad, durante los años sesenta del siglo XX, misma que terminó con una intervención militar y varios muertos (Monroy y Calvillo, 2015: VIX, 55).

escaparme de mi papá y salió igual con mi marido” (Entrevista. Comunicación personal. 25 de enero de 2018). Estas narrativas sugieren desigualdades históricas de pigmentocracia, de clase y de género no resueltas dentro de los mismos barrios. Es decir, una estructura social interna mucho más desigual y conflictiva que la que la nostalgia presenta, de longevidad previa a los cambios profundos que han sucedido desde de la segunda mitad del siglo pasado en toda la ciudad.

Para fines de este trabajo, lo que se remarca aquí es la existencia de dramas sociales internos que, como veremos más adelante, han intentado resolverse desde adentro, principalmente por medio de la migración desde los barrios hacia otras latitudes, tanto dentro de los límites en expansión de la capital como fuera de estos. De manera que es posible afirmar que la condición que presentan estos territorios actualmente puede vincularse, en parte, a desigualdades internas. Como veremos a continuación, a esta estructura social persistente se suma un proceso de desvalorización de los barrios, que, a la postre de la reciente revalorización del perímetro conocido como Centro Histórico de la ciudad como fuente de identidad para toda la capital, ha venido revirtiéndose en forma de esencialismo.

#### **EL PAPEL DEL CENTRO HISTÓRICO EN LA DEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE BARRIO**

Hoy día, no es poco común encontrar discursos que caracterizan a la capital estatal de San Luis Potosí como “la ciudad de los siete barrios”, sobre todo, cuando se intenta remitir a sentir el “orgullo potosino”. Este sentido de pertenencia es evocado, por ejemplo, en artículos de revistas y anuncios publicitarios para incentivar o promover el consumo de bienes de producción local, como el caso de la famosa cerveza artesanal *7barrios*, o servicios, como el recorrido turístico en autobús que ofrece paseos en parte del Centro Histórico y en algunas calles y plazas de los barrios de San Miguelito y San Sebastián.

Ante la inmersión, turbulenta y de vaivén, de San Luis Potosí capital al fenómeno de la globalización económica (Rivera, 2010) —donde la intensificación, mas no la aparición, de flujos transterritoriales de bienes, información y personas (Ascher, 2004: 22) tiende a estar en un proceso de intensa pugna semiótica—, se ha dado una reacción significacional local que le adjudica mucho peso a un presunto asedio cultural externo en contra de “la identidad”. Esta noción es justamente la que sirve de fundamento a la imagen, fija y simplista, de una configuración urbana “original”.

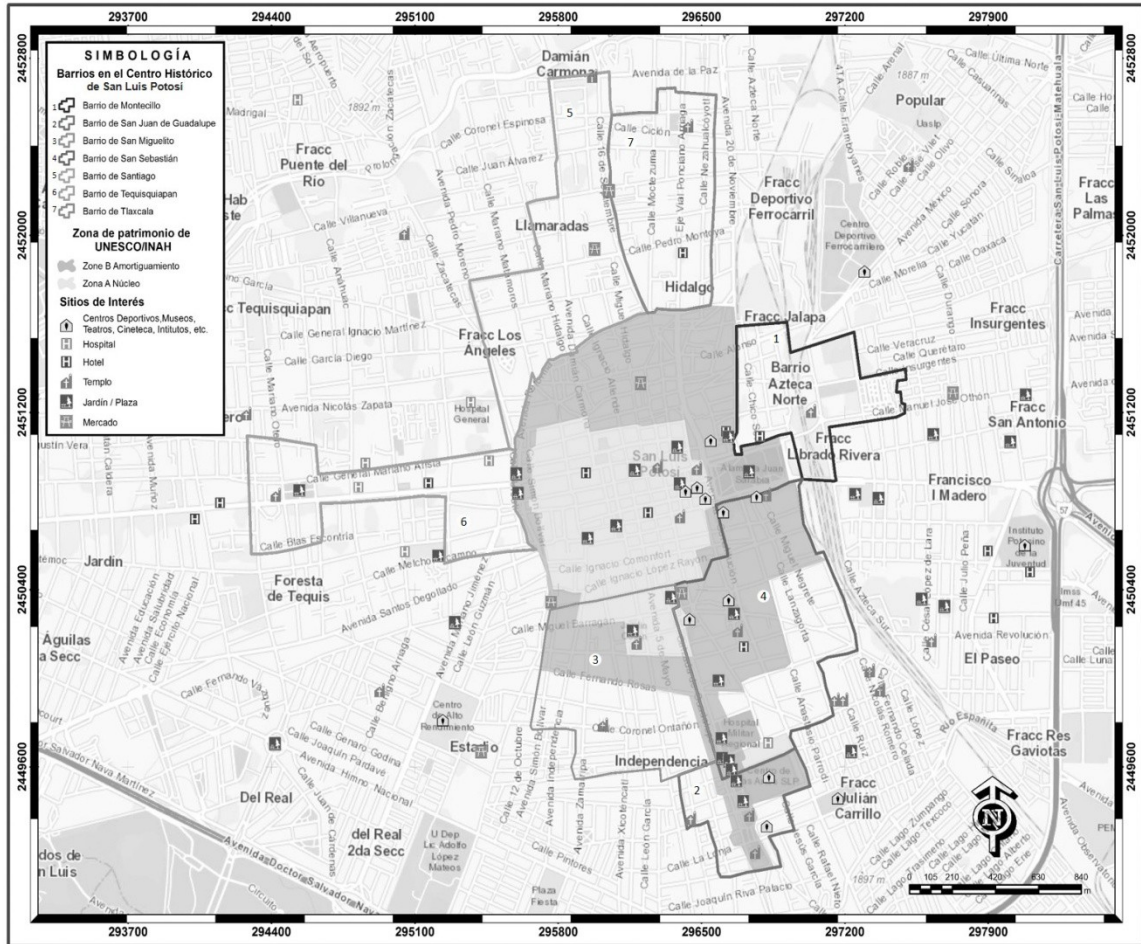
Si bien la apropiación del imaginario de “la ciudad de los siete barrios” –para fungir como medio para alcanzar fines específicos– puede lograr efectos positivos, por ejemplo, fortaleciendo o creando una economía de mercado local por demás necesaria, también puede provocar efectos no deseados, que, en su versión más extrema, podrían vincularse incluso a la xenofobia. El imaginario de “la ciudad de los siete barrios” demarca un pasado urbano bien delimitado y lo contrapone a un presente de creciente complejidad. Al evocarse, se intenta traer a colación lo “esencial” con objetivos heterogéneos. Por tratarse de un imaginario esencialista, “recorta” a San Luis Potosí, proponiendo, en consecuencia, una imagen cosificada de la ciudad.

Parafraseando a un ex habitante del barrio de Tequisquiapam, podemos afirmar que la idea de “la ciudad de los siete barrios” es una representación cosificada que deja fuera del concepto de barrio otras configuraciones vecinales que bien podrían considerarse parte de este discurso, pues, por su antigüedad o importancia en servicios prestados a la ciudad, no le piden nada a los siete que sí encajan en la imagen idílica en cuestión: “Yo creo que sería bueno para su trabajo que integraran a su investigación otros barrios que no son reconocidos, como Tierra Blanca, Morales o Saucito, que también luego le dicen el octavo barrio” (Entrevista. Comunicación personal, 7 de septiembre de 2018).

¿Qué define esta idea de contemplar solo siete barrios como los esenciales y no a más pueblos periurbanos similares que también fueron absorbidos por la ciudad? ¿Cómo explicar la pauperización urbana que impacta hoy en los “siete barrios”, a pesar del uso constante de este discurso de forma orgullosa? A primera vista, estas preguntas parecen estar un tanto desconectadas, pero trataremos de fundamentar que no es así. Defendemos que estos fenómenos guardan relación en razón a la fuerza que la declaración Centro Histórico, y su delimitación gubernamental, ejerce para definir los barrios.

A continuación, se muestran los límites derivados de la aplicación de la *Ley federal de conservación de monumentos históricos*, de 1972, para el caso de la ciudad de San Luis Potosí. En su publicación operativa en el *Diario Oficial de la Federación* (1992) se propusieron dos perímetros, el perímetro “A”, que muestra los límites federales a conservarse del “Centro Histórico”, y el perímetro “B”, que contempla parte de los barrios antiguos de la ciudad (Gasca, 2016). Se subraya aquí la jerarquía que establece esta demarcación entre: el perímetro “A”, el más importante para la política de conservación federal, y el perímetro “B”, con una importancia menor, en términos de conservación de bienes inmuebles.

**Gráfico 2. Límites municipales de los siete barrios, zona de patrimonio Unesco/INAH y equipamiento urbano**



Fuente: Elaboración propia con base en datos del H. Ayuntamiento de San Luis Potosí, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Inegi, y Unesco. Dibujo: Blanca Margarita Vázquez Villa.

El criterio que se siguió para proponer estos límites tiene que ver con la cantidad de monumentos históricos por metro cuadrado, un cociente, bajo esta lógica, objetivo. En efecto, no se partió de la selección de vecindarios, sino a partir de una lectura que contempla principalmente bienes inmuebles. Sin embargo, no deja de ser notorio que dicha valorización parte, igualmente, de proteger lo esencial, dando a los siete barrios una posición secundaria o de cinturón de protección del Centro Histórico.

Obviamente, la aplicación de dicha ley, desde su origen y a la fecha, no se ha dado al dedillo, pues son muchos los factores que se vinculan al tema de la conservación de bienes inmuebles, como el peso que se da a la capital del país (Ciudad de México) por sobre otras ciudades del interior de la república mexicana o las tensiones entre la

propiedad privada y el patrimonio. Solo muy recientemente, y en función del nombramiento de patrimonio de la humanidad que Unesco hizo para proteger solo una parte del Centro Histórico de la ciudad, como un elemento del “Camino Real de tierra adentro”, empieza a notarse con más fuerza la puesta en práctica de la ley federal que le antecede.

La aplicación reciente de estas políticas de conservación, específicamente en los “siete barrios”, se ha dado de forma diferencial. Pese a su reciente aplicación, resulta interesante analizar los porqués de la elección de ciertas zonas para su mejoramiento, por sobre otras igualmente protegidas por decreto federal. El caso de la rehabilitación de dos calles en San Miguelito y San Sebastián, ahora convertidas en andadores peatonales, es ilustrativo del punto que aquí se defiende. Si se da un recorrido por el Centro Histórico y se observa desde su plaza principal, “Plaza de los Fundadores”, hacia los cuatro puntos cardinales, estos dos barrios –y, específicamente, estas calles de los barrios– resultan estar visualmente integrados a la traza del centro, paisaje que coincide con el *tour* turístico referido arriba.

La misma lógica se reproduce en otras obras dentro del área total protegida, como las de Calzada de Guadalupe, Avenida Carranza, 1ro de Mayo o Avenida Reforma y solo muy recientemente (2016 y 2017) en 20 de noviembre, Eje Vial y alrededor de la plaza del barrio de San Juan de Guadalupe, todas, ya sea sobre los límites del perímetro “A” o en las zonas de mayor afluencia para acceder al mismo. En contraste, el mantenimiento del perímetro “A” ha sido mucho más constante. Por otro lado, algunas de las calles más afectadas por el abandono general, como la calle Guillermo Prieto en San Sebastián, se encuentran menos visibles desde el Centro Histórico o lejos de las vías de acceso a este.

En síntesis, se ha tratado de sustentar muy brevemente que la proscripción de otros vecindarios no reconocidos como barrios antiguos o tradicionales de la política de conservación, la prioridad que guardan unas zonas del patrimonio barrial por sobre otras para ser motivo de mejoramientos y la pauperización diferencial de los barrios reconocidos –diferencial incluso a nivel intrabarrial–, pueden ser considerados efectos no deseados de la defensa de un discurso identitario simplificador (evidentemente, con un trasfondo socioeconómico). Habrá que considerar que el orgullo que se siente por los barrios antiguos, en toda la ciudad, es muy reciente y viene como reacción de una desvalorización previa que ha durado, más o menos, unos treinta años, tiempo en el que se ha dado una dinámica de migración intraurbana, así como el cambio de fuentes



laborales, donde los procesos de significación de los dramas sociales en los barrios guardan un papel fundamental para la comprensión de su situación actual, como se tratará de argumentar en el siguiente apartado.

**Gráfico 3. Arriba, andador peatonal San Miguelito-San Sebastián. Abajo, Avenida Carranza**



Fuente: video documental "Y del barrio no me voy" de 2019. Realización: Arturo Gutiérrez del Ángel, Miguel Adolfo Ortiz Brizuela, Mariana Rodríguez Torres y Frances Paola Garnica.

**Gráfico 4. Fincas en ruinas dentro del perímetro " B" de la zona de patrimonio Unesco/INAH**



Fuente: video documental "Y del barrio no me voy" de 2019. Realización: Arturo Gutiérrez del Ángel, Miguel Adolfo Ortiz Brizuela, Mariana Rodríguez Torres y Frances Paola Garnica.

## **MODERNIDAD Y BARRIALIDAD EN CONFLICTO**

Barrialidad y modernidad son dos ideas que comúnmente chocan en narrativas locales como dos mundos aparte en pugna por un mismo espacio. La primera tiende a ser descrita reiteradamente como un modo de vida que fue armónico y comunitario, a pesar de sus altibajos, con una identidad propia, llena de tradiciones. *Ethos* en resistencia a los embates de la segunda, que más bien se tiende a significar como caos sin identidad que todo lo corrompe. Otro pequeño ejemplo de estas racionalidades es el encabezado de una noticia local: "Modernidad devora a los siete barrios" (García, 2016). Sin embargo, ni

barrialidad, ni modernidad han sido percibidas así siempre. Tampoco se puede afirmar que estas percepciones sean totales, sino múltiples y contradictorias. En muy poco tiempo, esta modernidad cosificada que impacta en la zona Centro se ha transformado en ese monstruo gris que todo lo devora. Modernidad que difiere, como veremos adelante, de otras modernidades percibidas, como la que le ha dado forma al surponente de la ciudad –la zona más exclusiva y moderna de San Luis Potosí–. Un malestar que se ha definido desde la sociología de la globalización como condición posmoderna, es decir, desencanto generalizado ante el incumplimiento de promesas de progreso que servían de piso ideológico al mundo moderno.

El problema de la pauperización de los barrios no puede entenderse solo por dinámicas cuantificables u objetivas de tipo demográfico o socioeconómico. También es necesario acercarnos a los procesos locales de significación de dichos fenómenos, porque de ahí devienen las soluciones particulares que se proponen para lidiar con estos. En consecuencia, no es posible entender esta dialéctica entre modernidad y barrialidad sin analizar la evolución (compleja, múltiple y contradictoria) de los significados de estos significantes, a la par de la historia material que la acompaña. Igualmente, no puede darse por sentado este choque sin entender las construcciones de desigualdad propias de “la barrialidad”, que hoy día se han obnubilado y agudizado ante el drama de la globalización económica y del capitalismo salvaje. En otros términos, resulta importante profundizar en la dimensión espacio-temporal del problema y en la significación misma del problema.

Para la tarea que hemos esbozado arriba, se sugiere, en similitud a los postulados de Villar (2007), que no hace mucho tiempo “la modernidad”, o más precisamente, una modernidad local, fungió como una construcción ideológica (como ahora lo es el libre mercado) que prometió una vida mejor, alejada de los problemas cotidianos de los ambientes premodernos (como los barrios), lo que se tradujo en el crecimiento expansivo de la capital. Nuevas configuraciones habitacionales, como los espacios de vivienda de interés social, aparecieron paulatinamente como opciones de progreso de tipo familiar y personal. Una ex habitante de la zona Centro, quien llegó con sus padres del interior del Estado para vivir de vecindad en vecindad, es decir, que no había tenido vivienda estable, y que ahora tiene “casa propia”, un pequeño departamento en la colonia Arbolitos (al sur de la ciudad) que habita desde hace 20 años, narró con orgullo el día que obtuvo el crédito para su casa “si no trabajaba en la fábrica, no tendría mi casita que es mi mayor logro en la vida” (Entrevista. Comunicación personal, 18 de marzo de 2017).

La cotidianidad del pasado en las vecindades tiende a romantizarse mucho. Esto se percibe en recorridos del recuerdo como los que se hacen de vez en cuando en el barrio tradicional de San Miguelito por algunos de sus habitantes “de siempre” –donde se habla con una buena dosis de nostalgia de la vecindad “Chinches Bravas”– y también en algunos testimonios recopilados por este trabajo de investigación. Por ejemplo, un ex habitante del barrio de Tlaxcala recordó que la vida en las vecindades, particularmente, en la “111”, era muy alegre y llena de fiestas (Entrevista. Comunicación personal, 16 de febrero de 2018). Pero estas narrativas desde fuera de las vecindades obvian el hacinamiento, la falta de privacidad, los conflictos entre vecinos y el hecho de que sus habitantes carecen generalmente, tanto en las desaparecidas vecindades “tradicionales” como en las nuevas que pueblan en buena medida barrios como San Sebastián,<sup>12</sup> de patrimonio. Así, está “modernidad hecha ciudad”, la de los nuevos conjuntos habitacionales para obreros, ideados “desde cero” por arquitectos y constructores, no apareció en un primer momento como un problema, sino más bien como una posible solución a los problemas internos, percibidos y reales, de las vecindades.

Por otro lado, es importante resaltar que el Centro Histórico, hoy, ya no es el centro socioeconómico de la ciudad. Con los cambios económicos recientes, la ciudad cambió también de centro. Los orígenes de este fenómeno pueden vincularse a la construcción de la presa de San José, a finales del siglo XIX, obra que detonó la valorización y la transformación del barrio tradicional de Tequisquiapam, al grado de que en algunas entrevistas se ha comentado, por ejemplo, que “ya no es barrio porque se modernizó”. El primer cambio importante en la traza urbana de dicho barrio fue la construcción de la Avenida Carranza y la demolición de su iglesia franciscana, que databa del siglo XVIII (Quezada, 2015). A partir de esto, se fue construyendo el “surponiente”, hoy día, la zona más valorada de la ciudad, donde “Tequis” sirvió de conexión entre esta nueva zona y el centro físico o, ahora, Centro Histórico de la capital. El surponiente se valorizó con la construcción de universidades, hospitales, espacios recreativos (como el bosque artificial “Parque Tangamanga” sobre los terrenos del ejido “Garita de Jalisco”) y, más recientemente, con la erección de las zonas habitacionales más costosas de la ciudad

---

12<sup>□</sup> Dicho barrio tradicional contiene un buen número de vecindades “nuevas” donde su componente demográfico se vincula a la migración “desde abajo” intra-, trans- y rural-urbana, y donde, a diferencia de las vecindades anteriores, donde se podía rentar un cuarto toda la vida, habitar un cuarto resulta algo provisional, como se ha podido constatar en varios recorridos de campo.

(en mayor medida amuralladas, con seguridad privada y con amenidades), soluciones espaciales que priorizan una vida cotidiana subordinada al automóvil.

En varios testimonios se ha documentado cómo las nuevas zonas habitacionales exclusivas, que son parte de este nuevo centro de la ciudad, ahora son la residencia de algunos ex habitantes de los barrios tradicionales. Por ejemplo, los hijos de un habitante de clase media del barrio de San Sebastián, oriundo del barrio y que no ha cambiado de residencia desde su nacimiento, han migrado “hacia el cerro”, es decir, hacia el surponiente (Entrevista. Comunicación personal, 7 de octubre de 2017). Dicho informante ha comentado que sus hijos lo han intentado llevar a vivir a esa zona de la ciudad, porque no les gusta que él viva en el barrio. En otra entrevista, un ex habitante de Tlaxcala, cuyos padres poseían una vecindad ahí, comentó: “se fueron los que vivían en la vecindad porque se fueron a las [casas] de interés social, y yo, pues porque el barrio se iba a poner feo [sic].” (Entrevista. Comunicación personal, 10 de agosto de 2017). Otra ex habitante de Tlaxcala comentó que salió con su familia del barrio por la inseguridad, proceso que concluyó con el cambio de residencia de su abuelo, por obligación de sus hijos (Entrevista. Comunicación personal, 15 de junio de 2017).

### **Gráfico 5. La ciudad de San Luis Potosí, vista, desde el surponiente hacia el nororiente**



Fuente: Archivo personal.

Estas migraciones, tanto de abajo como de arriba, hacia nuevos conjuntos habitacionales erigidos por la industria de la construcción, nos muestran qué tan fuerte fue la desvalorización de los barrios en tiempos no muy remotos. El estigma fuerte de los barrios como “bravos” y “pobres” que contribuyó a esta desvalorización y que todavía

tiene una fuerza importante, sobre todo en barrios como Montecillo o Tlaxcala, pasa por alto que la dinámica de la inseguridad va más allá de los límites oficiales de un vecindario. Es decir, que más allá de los índices delictivos por colonia, este problema no es exclusivo de un vecindario en particular. Incluso, en algunos testimonios de ex habitantes de los barrios, ahora de nuevos conjuntos habitacionales de “buen nivel”, ha sido posible identificar que ni la inseguridad ni los conflictos vecinales han podido solucionarse.<sup>13</sup>

Esta dinámica de despoblamiento de los barrios tradicionales se acompaña de una de repoblamiento, donde el imaginario nostálgico de una barrialidad otrora más amable y la fuerza del Centro Histórico como fuente de identidad para toda la ciudad juegan un papel fundamental. Como se hizo mención arriba, nuevas vecindades y nuevos conceptos habitacionales como las “privadas” o pequeños fraccionamientos cerrados que aprovechan el terreno de antiguas fincas dentro de los barrios se han convertido en el hogar de nuevos habitantes de estos territorios. Igualmente, se ha dado un renacimiento de la vida bohemia dentro del perímetro de los barrios, aprovechando su centralidad física y su imagen arquitectónica de edificaciones viejas.

Ante los datos vertidos hasta aquí, se obtiene, por un lado, una imagen de la barrialidad un tanto más conflictiva, llena de desigualdades, que no hace un corte temporal tan radical entre los tiempos no muy lejanos y el ahora, sino que puede rastrearse en la raíz de esas desigualdades persistentes, desde hace cuatro siglos, donde los problemas de compraventa de esclavos, y siglos después, de explotación hacendada, conectan con los testimonios de pobreza, pigmentocracia y machismo recientes (Ver, por ejemplo: Falcón, 2004 y Alejandro-Montoya, 2015). Y, por otro, la imagen de la modernidad como promesa, o ideología conveniente al crecimiento expansivo de la ciudad, que transmutó de una versión mexicana del “orden y progreso” a otra idea, mucho más debida a la morfología de la ciudad actual, llena de contrastes entre riqueza y miseria: definitivamente, una nueva modernidad cercana al “sueño americano”, donde la “cultura de la riqueza”<sup>14</sup> y la

---

<sup>13</sup>Una interlocutora, ex habitante del barrio de Montecillo, comentó que ha sufrido robos en su casa, en la zona oriente de la ciudad, en un fraccionamiento de casas de interés social que poco a poco ha ido progresando y convirtiéndose en un vecindario próspero (Entrevista, comunicación personal, 16 de junio de 2017), mientras que otro ex habitante de los barrios (San Miguelito), comentó con decepción, que los conflictos vecinales son agudos en el fraccionamiento cerrado donde reside, al surponiente (Entrevista. Comunicación personal, 20 de enero de 2017).

<sup>14</sup>Proponemos esta paráfrasis de la famosa noción de Oscar Lewis para hablar de la cultura del éxito y la superación personal en la actualidad. Una ideología ubicua y transversal a las clases sociales.

“normalidad del orden” (Gravano, 2016) sirven de base a los proyectos de crecimiento urbano. Estas dinámicas que le han dado otra cara a los barrios no pueden entenderse sin insertar el problema de la desigualdad, que va más allá de cualquier configuración vecinal bien delimitada y que no deja de ser un factor fundamental en la producción sistemática de la inseguridad que atraviesa toda la ciudad.

Hasta aquí hemos tratado de abonar a las explicaciones sobre la pauperización de los barrios tradicionales de San Luis Potosí, con la intención de desnaturalizar algunos de sus porqués y remarcando la importancia de las desigualdades persistentes y recientes en el acontecer de su detrimento paulatino como espacio para la reproducción social. A continuación, se hará un esfuerzo por caracterizar brevemente el componente social actual de estos territorios, contraponiendo a los culturalismos (la visión “dura” del territorio, que los caracteriza como contenedores bien definidos de una cultura) un componente social complejo, muy rico, fluctuante y fragmentario, que no se puede obviar en la construcción o proposición de estrategias de un mejoramiento de esta zona de la capital.

#### **HOMOGENEIDAD Y POLARIZACIÓN SOCIAL EN CRECIMIENTO**

En 2016, gracias al “Periodiquito” –pequeño panfleto mensual que se reparte de casa en casa, expedido por el templo católico del lugar– fue posible leer un mensaje personal del sacerdote de turno dirigido a todos los habitantes del barrio tradicional de Tlaxcala. Este contenía un pequeño análisis de la situación de pauperización por la que atraviesa el barrio. Se hacía hincapié en una “crisis de valores”, al tiempo que explicaba sus motivos: falta de arraigo al vecindario porque los jóvenes no conocen su historia, falta de fuentes de empleo y alejamiento de la fe cristiana.

La iglesia católica ha sido, por mucho tiempo, la principal institución reguladora de los barrios tradicionales de la ciudad. Con el pasar de los años, en torno a esta se han establecido los hitos temporales (las fiestas del santo patrono de cada barrio) y espaciales (templos y atrios) más importantes de su vida cotidiana (Alejando-Montoya, 2013). El tiempo, el espacio y la moral se regían, no hace mucho, por una religiosidad hegemónica que se aglutinaba como sistema social en una identidad barrial muy ubicua y compartida: constituía un *ethos*.

En este acercamiento etnográfico, ha sido común identificar discursos recurrentes sobre una crisis de esta identidad en todos los barrios tradicionales, tanto en narrativas

provenientes del clero como en comentarios de vecinos. Aquí, uno emparentado con el barrio de Tlaxcala:

antes se hacía el concurso de la reina del barrio, se juntaba mucho dinero [por cooperación voluntaria] para nuestra iglesia, era un evento que hacíamos todos los vecinos... pero pues ya ni los padres [sacerdotes] son iguales, ya no les importa (Entrevista. Comunicación personal, 14 de enero de 2018).

Ante este panorama, donde se presenta reiteradamente una imagen de la institución eclesial y de su ética en detrimento, integrantes de la Iglesia católica, en conjunto con feligreses partícipes de las actividades que brindan los templos de los barrios, han tratado de reintegrar fe y barrialidad mediante acciones concretas. Un ejemplo de esto es el esfuerzo que han hecho por recuperar antiguas prácticas que en décadas recientes habían dejado de ejercerse durante las fiestas patronales, como bailar las “marmotas” o llevar “bateas” al santo patrono de cada uno de los siete barrios,<sup>15</sup> actos que se han documentado hasta en Tequisquiapam, el barrio “tradicional” más “modernizado” de los siete.

No es posible asegurar contundentemente que la iglesia esté perdiendo su fuerza en territorios como los que aquí se tratan, pues se documentó un buen número de prácticas barriales, más que vivas, en torno a la institución, a saber, festividades, grupos religiosos de jóvenes y adultos o asociaciones vecinales agrupadas en torno al que consideran su templo. Igualmente, como se ha comentado en el apartado anterior, es posible hacer notar que los límites imaginados de los barrios son atravesados por dinámicas transterritoriales diversas, de ahí que la palabra “comunidad”, quede corta –en estos tiempos de una complejidad comunicacional física y simbólica creciente– para definir a sus vecinos. Lo que sí es posible afirmar es que la Iglesia católica ya no es la única institución reguladora de la religiosidad (por ende, del *ethos*) de los barrios.

La fragmentación socioespacial que está sufriendo toda la ciudad ha homogeneizado el componente socioeconómico de los barrios. La identidad (pertenecer al barrio) era, y a pesar de todo, sigue siendo, un sentimiento compartido por gran parte de los habitantes del lugar. Esto no significó nunca que hubiera un componente socioeconómico homogéneo (hasta ahora). En barrios tradicionales como Tlaxcala, se tenía un componente de clase más bien heterogéneo, aunque mayormente popular (compuesto

---

<sup>15</sup> Las *marmotas* son marionetas de escala humana o más grandes, que se controlan desde su parte inferior, por una persona, para que emulen bailes de celebración; mientras que las *bateas* son estructuras, otrora de carrizo, ahora de metal, que sirven para llevar velas encendidas por las calles de los barrios o “entradas de cera”, en ofrenda, hasta el santo patrono.



por artesanos y obreros): hubo muchas familias dueñas de vecindades, de negocios y de fábricas, así como muchos profesionistas, como el médico, el abogado o el historiador. Si se quiere, una pequeña burguesía. Tanto los vecinos ricos como los pobres compartían esta afiliación identitaria al barrio. Hoy, como hicimos notar en el apartado anterior, los vecindarios de toda la ciudad se han homogeneizado en un sentido socioeconómico. A excepción del barrio de Tequisquiapam, que se ha gentrificado (los vecinos con pocos recursos fueron cambiando su residencia hacia afuera), los demás barrios han tenido justo la evolución contraria: los vecinos adinerados los han ido dejando paulatinamente.

Por otro lado, la Iglesia católica ya no es la única institución reguladora de los calendarios, de los espacios y de la moral de sus habitantes. Ahora son más notorias, y están más presentes en los barrios tradicionales, otras alternativas de religiosidad en pugna con la Iglesia, mejor adaptadas al nuevo patrón de migraciones urbanas, regido por el modelo neoliberal; eficaces, tanto por ganar adeptos como para sembrar sus propios sueños en los barrios. Este drama social por el control de la ética se ha propiciado a partir, al menos, de dos dinámicas: una ligada a formas de sustento de sus habitantes (tal como han sugerido vecinos y sacerdotes en los barrios) y otra a los mismos procesos internos que han transformado, en poco tiempo, a la misma Iglesia.

Las formas de ganarse el sustento en los barrios han cambiado. Al interior de buena parte de los barrios, es algo cotidiano escuchar perifoneos o ver anuncios pegados en los postes de luz y teléfono, que invitan a unirse a trabajos como los de vigilante en la industria de la seguridad privada o en la metalmecánica como soldador o personal de limpieza. Se trata de empleos de salarios exiguos, aunque con “prestaciones de ley”, que difieren de aquellos que se ofrecían en décadas pasadas, más bien sindicalizados, como los de la fábrica San Luis (desaparecida), la Minera México (agotada) o el Ferrocarril (privatizado).<sup>16</sup>

Esto no significa que antes no hubiera desempleo, pero sí que los empleados tenían una vida menos incierta. A la par, se ha dado un crecimiento del sector informal y de la

---

<sup>16</sup> En varias de nuestras entrevistas a vecinos que llevan habitando décadas en la zona, fue posible identificar que estas fueron sus fuentes de empleo formal más importantes. A propósito del último caso, un habitante del barrio de Montecillo, originario del estado de Coahuila, comentó que el capital humano del ferrocarril se redujo dramáticamente después de que su gestión pasara a la iniciativa privada transnacional: “yo recuerdo unos cien muchachos trabajando por máquina, y después de que se vendió se bajó a menos de diez” (Entrevista, comunicación personal, 11 de diciembre de 2017). Independientemente de si la medida fue útil o no para propósitos macroeconómicos, lo que se remarca es que muchos empleados tuvieron que buscar nuevas opciones de sustento.

ilegalidad, no solo en la ciudad, sino en todo el país (Adler-Lomnitz, 2014). El sentido de pertenencia al lugar también estaba emparentado con el trabajo, que estaba situado dentro de los lindes de los barrios tradicionales y que eran hijos.

Además, la sectorización de la Iglesia, por decreto papal en el último tercio del siglo XX, redujo el área de incidencia de los templos de los barrios. A finales de 2018, se tuvo la oportunidad de entrevistar a un habitante de la fracción Milpillas, una zona rururbana que durante mucho tiempo fue regida por el templo del Barrio de Tlaxcala. El informante contó que de pronto le dijeron que su fracción ya no era del Barrio y que a ellos les tocaba otro templo para ahí ejercer su culto (Entrevista. Comunicación personal, 23 de noviembre de 2018). La Iglesia católica ha pasado por procesos de fragmentación interna que han modificado mucho a las fiestas patronales, que no eran solo religiosas, sino también vecinales (ver Madrigal, 2011, para el caso de la desaparición de mayordomías, reguladoras de la fiesta patronal, en el barrio tradicional de San Miguelito).

Todos estos factores han traído consigo otras opciones éticas, unas más ligadas al catolicismo que otras, otras más bien en pugna directa con el credo, que intentan, a su manera, construir igualmente este arraigo identitario que se percibe en crisis. Hoy es posible escuchar, en la cotidianidad de los barrios, cantos religiosos provenientes de nuevos templos no católicos o recibir propaganda cristiana no católica en la puerta de tu casa, presenciar prácticas de religiosidad toleradas por la iglesia, pero al margen, como poner altares al “Niño Doctor” o a San Judas Tadeo. Prácticas nuevas en los barrios, que en algunos casos han sido apropiadas por vecinos “de toda la vida” –“tengo un año haciendo altar al Niño y es bien milagroso”, comentó una vecina oriunda de San Sebastián (Entrevista, comunicación personal, 30 de abril de 2018)– y, en otros, son más bien vistas como externas, chocantes o muy ajenas por antiguos residentes –“eso del Niño Doctor no es de aquí” replicó con desdén otro vecino, igualmente oriundo (Entrevista. Comunicación personal, 7 de octubre de 2017)–. Simultáneamente, a los barrios se integran santos no reconocidos por la iglesia, aunque varios de sus adeptos se consideran católicos, como la Santa Muerte o Francisco Villa, en prácticamente todos los barrios, o bien, moralidades abiertamente antirreligiosas como el anarquismo, que agregó casas Okupa con un sentido político a los barrios, algunas de estas ahora desaparecidas (Entrevista. Comunicación personal con habitante del Montecillo, 6 de septiembre de 2017).

**Gráfico 6. Arriba, danza azteca a la Santa Muerte. Abajo, "danza de las marmotas" en fiesta patronal para la virgen de la Asunción**



Fuente: Archivo personal.

Todas estas éticas en acoplamiento lidian con el problema de la lacerante desigualdad social que se vive a lo largo y ancho del país. En los barrios, por ejemplo, se identificaron varios casos de personas de la tercera edad sin alimento o niños que no van a la escuela, habitando las zonas más pauperizadas (fincas abandonadas, por ejemplo). A esto se suman conflictos internos, como aquellos de los que da cuenta el nuevo formato del carnaval del barrio de San Juan de Guadalupe, ahora celebrado de manera fragmentaria, para prevenir conflictos vecinales. En suma, esta breve caracterización de los territorios barriales en el presente inmediato nos muestra la imposibilidad de cargar todo el peso del mejoramiento de los barrios tradicionales hacia una sola institución ciudadana, pues, se remarca, esto dejaría fuera a otras que ya son parte de estos territorios.

### **REFLEXIONES FINALES**

El haber caracterizado a los barrios tradicionales como configuraciones culturales ha permitido construir un relato etnográfico que vincula el acontecer actual de estos territorios con procesos urbanos de mayor alcance temporal y espacial, como la producción expansionista de nuevas centralidades en la ciudad, la política nacional de conservación de Centros Históricos o el conjunto de desigualdades persistentes de clase, género y pigmentocracia que se padece en el país.

Este abordaje ha arrojado atisbos de un cambio en el entendimiento del concepto de barrio por sus mismos habitantes. Ante los testimonios recopilados, se sugiere la lectura de que estos perciben una crisis en la función histórica y principal de sus vecindarios: la de ser espacios para la reproducción social.

Esta percepción se vincula a cambios reales en el componente social de estos espacios, originados plausiblemente por la segregación socioespacial imperante, que ha dejado como saldo el modelo urbanístico actual. Mientras que, en el pasado reciente, la estructura social de los barrios era mucho más heterogénea en términos económicos y homogénea en términos ideológicos, actualmente, esta relación se ha invertido. De manera que se tiene un componente cada vez más homogéneo en términos económicos y altamente heterogéneo en términos ideológicos. Además, los datos vertidos en el relato etnográfico muestran una interacción vecinal mucho más activa en el pasado reciente de estos lugares que la que se tiene en el presente.

Estos dos cambios radicales en la vida cotidiana de los barrios ilustran un conjunto de espacios poco equipados para superar las desigualdades sociales que padecen, pues, como se trató de hacer notorio, el sustento, las oportunidades laborales, la seguridad e,

incluso, los enlaces de parentesco de los habitantes de los barrios, no hace mucho tiempo, dependían en gran medida de estas relaciones vecinales. La poca interacción vecinal actual los convierte en espacios cada vez más individualizados, donde también impera un clima de miedo, anonimato y desconfianza.

Para explicar la pauperización de los barrios tradicionales, ha resultado de fundamental importancia el focalizarse en el abandono ideológico de la noción de lo público y la hegemonía de lo privado. Los barrios, se sugiere aquí, otrora representaron el espacio público más importante a escala vecinal en la ciudad. El discurso de lo privado ha estigmatizado justamente lo que representaban en el pasado: una vida vecinal, que, si bien es conflictiva por definición, resulta necesaria. Al ir caminando hacia el individualismo, las redes vecinales de los barrios han ido sucumbiendo.

Definitivamente, el abandono de lo vecinal en los barrios, siendo una tendencia en los siete, no los afecta de la misma manera. La pauperización de los barrios del norte (Tlaxcalilla y Santiago) resulta mucho más notoria y dramática que en el resto. Esto puede ser resultado de ostentar las estigmatizaciones más claras como barrios peligrosos o conflictivos. Un indicador de lo anterior es que, de todos los barrios, los del norte han sido los únicos que no fueron contemplados, ni siquiera de manera tangencial, en la declaración de patrimonio por INAH, teniendo en Tlaxcalilla una de las fincas, aun erguidas, más antiguas de la ciudad (El templo de la Asunción).

El ejercicio del poder que ha derivado en la reproducción e incremento de las desigualdades sociales ha resultado ser, en buena medida, un poder blando o hegemónico. La producción de vivienda nueva y la construcción del mercado inmobiliario constituyeron en la coyuntura siglo XX-XXI una forma de ideología que permitió el franco desmantelamiento de lo público en los barrios.

En cuanto al uso de fronteras para el control de su espacio, se concluye que los habitantes de los barrios cuentan solo con formas discursivas de frontera, lo cual sugiere una vulnerabilidad social reciente sin precedentes, que sustituye antiguas formas de protección (no exentas del ejercicio del poder) intrabarriales.

## Referencias bibliográficas

- ADLER-LOMNITZ, Larissa, *Globalización, economía informal y redes sociales*. 2014. Obtenido de: <https://studylib.es/doc/5436921/globalizaci%C3%B3n--econom%C3%ADa-informal-y-redes-sociales-larissa>.
- ALEJANDO-MONTOYA, Ramón, "La colonización del tiempo y la vida cotidiana en un poblado de frontera mexicano. Los calendarios étnicos en San Luis Potosí". *Indiana*, Vol. 30, pp. 99-117, 2013.
- , *El tráfico de esclavos africanos en San Luis Potosí. Siglos XVII y XVIII*. San Luis Potosí: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de San Luis Potosí. 2015.
- ASCHER, François, *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza ensayo, 2004.
- CABRALES, Luis, "Estado del conocimiento sobre las urbanizaciones cerradas en Iberoamérica". *La ciudad y el Miedo: VII Coloquio de Geografía Urbana*. Girona: AGE-Universitat de Girona. 2005.
- CALDEIRA, Teresa, *Ciudad de Muros*, 1ª edición. Barcelona: Gedisa, 2007.
- , *Espacio, segregación y arte urbano en Brasil*. Madrid: Katz. 2010.
- CARMAN, María, "Cercanías espaciales y distancias morales en el Gran Buenos Aires". En: Gabriel Kessler (comp.), *El Gran Buenos Aires, Historia de la provincia de Buenos Aires. Vol. 6*. Buenos Aires: Unipe/Edhasa, 2015, pp. 521-549.
- DAHAU, Emilio y Ángela Giglia, *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI, 2008.
- DAVIS, Mike, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*. Los Angeles: Verso Books, 1992.
- FALCÓN, Romana, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*. México: Colmex, 2004.
- FOUCAULT, Michelle, *Arqueología del Saber*. México: Siglo XXI, 1999.
- GARCÍA, Christian, "Modernidad devora los 7 barrios". *Plano Informativo*, 21 de noviembre de 2016.
- GASCA, Claudia, "Habitar el patrimonio: experiencias espaciales de los habitantes del Centro Histórico Potosino." *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, N° 80, edición digital. 2016.
- GRAVANO, Ariel, *Antropología de lo urbano*, 3ª edición Santiago: LOM y Colegio de Antropólogos, 2016.
- GRIMSON, Alejandro, *Los límites de la cultura, crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2015.
- HAESBAERT, Rogeiro, *El mito de la desterritorialización*, México, Siglo XXI, 2013.
- HIDALGO, Rodrigo y Michael Janoschka, "La ciudad neoliberal: estímulos de reflexión crítica". En: Rodrigo Hidalgo y Michael Janoschka (coords.), *La ciudad neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Santiago de Chile: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile. 2014, pp. 7-32.
- JIRÓN, Paola, Carlos Lange y María Bertrand, "Exclusión y desigualdad espacial: Retrato desde la movilidad cotidiana." *Revista INVI*, vol. 25, N° 68, mayo, 2010, pp.15-57.
- MADRIGAL, David, "Sistema de cargos y cambio social. Etnografía de la fiesta patronal en el barrio de San Miguelito de la ciudad de San Luis Potosí". *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. I, N° 1, enero-junio, 2011, pp. 133-154.
- MELÉ, Patrice, *La construcción del patrimonio urbano*. México: La casa chata, 2005.
- MONROY, Isabel y Tomás Calvillo, *San Luis Potosí, Breve historia*, 3ª edición. México: FCE, 2015.

PFANNENSTEIN, Bern, Edgar Herrera y Salvador Sevilla, "La ciudad cerrada y su diversificación como reto del Área Metropolitana de Guadalajara, México". *Revista de geografía Norte Grande* N° 68, diciembre, 2017.

QUEZADA, Teresa, *Estudio de los 7 barrios de San Luis Potosí como fuente de conocimiento para la historia local*. San Luis Potosí: El colegio de San Luis A.C., 2015.

RAP, Edwin, "Ritual, recursos y pasión en la política: un análisis situacional de una contienda electoral en el occidente de México". *Relaciones (Zamora)*. N° 33, 2011, pp. 249-291.

RIVERA, José, *Globalización, procesos locales, territorio y cambios sociocultural en San Luis Potosí*. San Luis Potosí: UASLP, 2010.

SALCEDO, Andrés y Austin Zeiderman, "Antropología y ciudad: hacia un análisis crítico e histórico". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, N° 7 2008, pp. 64-97.

SANTOS, Milton, *La naturaleza del espacio*. Madrid: Ariel, 2000.

SEGURA, Ramiro, "Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de la plata". *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura y Sociedad* 8, 2009, pp. 59-91.

SVAMPA, Maristella, *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, 2da edición, Buenos Aires, Biblos, 2007.

TURNER, Victor, "Social Dramas and Stories about Them". *Critical Inquiry. Vol. 7, N° 1, on Narrative. Autumn*, 1980. Pp. 141-168.

VILLAR, Alberto, *Políticas de vivienda en México: de la constitución de 1917 a la globalización, Tesis doctoral*. Madrid: Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, 2007.